



# «Una presencia nueva en el mundo»

**Apuntes de las intervenciones de Francesco Cassese y Davide Prosperi en la  
Jornada de apertura de curso de los adultos de Comunità e Liberación en Lombardia**

Unipol Forum, Assago (Milán) y en conexión por video, 12 de septiembre de 2026

# «Una presencia nueva en el mundo»

**Apuntes de las intervenciones de Francesco Cassese y Davide Prosperi en la Jornada de apertura de curso de los adultos de Comunión y Liberación en Lombardía**

Unipol Forum, Assago (Milán) y en conexión por video, 12 de septiembre de 2026

*Desciende, Santo Espíritu*

## **Francesco Cassese**

¡Buenos días a todos! Saludamos a todos los presentes aquí en Assago, a la gente que nos sigue desde otras siete ciudades de Lombardía conectadas y a las personas que se conectan desde casa por imposibilidad para moverse por motivos de salud o de edad.

A lo largo de los años, don Giussani renovó muchas cosas en nuestro camino educativo. Introdujo gestos nuevos, modificó otros, algunos incluso los dejó caer cuando ya no servían. Pero hay algo que nunca quiso tocar, como si custodiara un significado decisivo: la Jornada de apertura de curso. Y eso me lleva a preguntarme cuál es el verdadero y profundo valor que tiene para nosotros. Para mí es en primer lugar el momento en el que, al empezar un nuevo curso –y disponernos a dar un nuevo paso– nos paramos y nos damos cuenta del camino recorrido, los compañeros de camino que se han sumado, los hechos que han enriquecido y confirmado nuestra fe, las urgencias que han

surgido y que hay que afrontar. Es como mirar atrás por un instante para reconocer lo que nos ha generado y nos ha traído hasta aquí, antes de reanudar el camino.

En estos últimos años me he sorprendido muchas veces pensando en la mujer de Pedro y en la de Andrés: mujeres acostumbradas a verlos salir al “mar” (el lago donde realizaban su trabajo de pescadores), conscientes de que cada salida implicaba sus riesgos y podía ser la última. Luego, de pronto, surgieron otro tipo de salidas. Empezaron a seguir a aquel Nazareno, al principio por unas horas, luego durante días y semanas, dejando su casa vacía y generando un nuevo tipo de espera. Sin embargo, mirándolos desde lejos, tal vez ellas serían las que mejor entendieran la grandeza de lo que estaba sucediendo y el peso fascinante que se había posado sobre los hombros de aquellos dos hombres, inmersos en una vorágine de presencias, gestos y palabras que envolvió toda su vida.

A veces se nos olvida, pero formamos parte de esa misma historia que empezó hace dos mil años con aquel Nazareno. Nosotros también vi-

vimos inmersos en su presencia, en los gestos y palabras de su compañía, en un ritmo que nos atrapa, nos envuelve y nos arrastra. Pero precisamente por eso necesitamos mirar nuestra experiencia con la misma conciencia con la que aquellas mujeres miraban a sus maridos, desde una distancia que permita captar el significado profundo de todo lo que está pasando. Lo que hoy proponemos no nace de nuestro compromiso social, no se trata de aplicar valores abstractos que caen de lo alto, sino de reconocer algo que ya vive dentro de nuestra experiencia: los hechos que suceden en nuestra compañía –más aún, a nuestra compañía– son la forma en que el Señor nos llama y nos conduce allí donde ni siquiera podríamos imaginar. Cada uno tiene su propia vocación. No estaríamos aquí, no habríamos vivido igual nuestra vida, con nuestras familias e hijos, si no fuera por este encuentro. Por eso me gustaría que nos ayudáramos a mirar juntos la vida nueva que se nos ha regalado, para que pueda marcar el paso en el camino de cada uno de nosotros y de nuestras comunidades.

El año que hemos vivido ha sido para nosotros de especial gracia. En enero, la audiencia con el Santo Padre nos confirmó y animó, y relanzó a todo el movimiento a tomar posición frente a nuestra historia.

Luego fue el referéndum constitucional, con un intento de juicio que, más allá del resultado, fue para muchos de nosotros la ocasión de una madurez renovada sobre lo que significa ser presencia en el mundo. «Por lo demás», nos decía Davide durante un encuentro de responsables en Lombardía, «¿no es justamente eso lo que nos fascinó cuando nos encontramos con las personas y con la realidad del movimiento?

No un cristianismo que separara la fe de la vida, sino un cristianismo entero, que tiene que ver con la historia, con las exigencias y con los problemas de la vida y de la sociedad»<sup>1</sup>. Don Giussani, en el nuevo libro *Il centro della vita*, usa una expresión que me parece muy eficaz: «estar dentro». Dice: «Nosotros hemos nacido para “estar dentro”, lo que corresponde a la categoría cristiana de la encarnación. Dios ha entrado dentro de nuestra vida, se ha implicado con toda nuestra vida. Nosotros hemos nacido con una implicación poderosa, profunda, en la vida de la educación –a pesar de todas las acusaciones de cerrazón o integrista»<sup>2</sup>.

Después, el 14 de mayo, llegó la esperada clausura de la fase diocesana de la causa de beatificación y canonización de nuestro querido don Giussani, otro regalo que intensifica y ahonda la gratitud a nuestra historia y a la Iglesia. Ahora esperamos confiados el resultado del proceso que continúa en Roma, según los tiempos que quiera el Señor.

Después de la gracia de la visita del Papa al Meeting, después del espectáculo de un pueblo entero que abre entusiasmado los brazos de par en par a Pedro, a su mirada paterna y a la profundidad de sus palabras, lo que hemos visto en La Thuile (Asamblea Internacional de Responsables, *Equipe* del CLU y de GS) ha sido –en una misteriosa continuidad con lo sucedido en el Meeting– una sobreabundancia de vida que nos supera por todas partes, la evidencia de una obra que no es nuestra. Siguiendo esta estela de gracia, volvamos a escuchar el saludo que el Papa dirigió a todos los jóvenes que estaban en el Villaggio Raggi (muchos y muy jóvenes, y muchas familias con sus hijos).

<sup>1</sup> D. Prosperi, «Tendencialmente unidos como génesis de juicio y como acción», 28 de abril de 2026, [clonline.org](http://clonline.org).

<sup>2</sup> L. Giussani, *Il fatto di Cristo e della sua permanenza (1971-1972)*, Rizzoli, Milán 2026, p. 34.

### **Saludo espontáneo del Santo Padre León XIV al Villaggio Ragazzi**

«¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias por estar aquí, gracias por este recibimiento y por este entusiasmo que es signo del Espíritu!

Escuchad un momento... Hace años, san Juan Pablo II dijo: “Si algo necesita el mundo de hoy, es la comunión”.

Hoy podemos seguir diciendo lo mismo. Y si hay comunión en el mundo, empieza en vosotros, jóvenes, porque vosotros sabéis construir la comunión con amistad, sabéis respetaros unos a otros para construir la paz y el mundo os necesita a vosotros, vuestro entusiasmo, vuestra caridad, vuestra fidelidad.

Que Dios os bendiga a todos y que siempre seáis fieles a Jesucristo»<sup>3</sup>.

### **Cassese**

Es un saludo improvisado y lleno de entusiasmo, suyo y también nuestro. Nunca hemos visto el Meeting como ese día. Fueron palabras espontáneas que el Papa dirigía al pueblo del Meeting sobre la marcha de un encuentro imprevisto e inesperado tanto en su forma como en su fuerza. Y luego vino su discurso, intenso y lleno de indicaciones para nuestro camino, y no solo el nuestro.

Puesto que, como decía antes, esta propuesta no nace de una abstracción sino de una vida, igual que el año pasado, quiero plantear a Davide unas preguntas que surgen de la provocación de estos hechos que han sucedido este año, empezando justamente por la visita del Papa. Son cuestiones que me parecen decisivas para el momento que estamos viviendo.

La primera está relacionada con las palabras del Papa que hemos escuchado. Era una invitación dirigida sobre todo a los jóvenes –más jóvenes que yo, ciertamente– pero me impactó entonces y me sigue interpelando. Te pido que nos ayudes a ir al fondo de lo que el Papa nos ha indicado: una comunión que toma la forma de una amistad, como lugar real en el que todos podemos construir la Iglesia.

Una segunda cuestión nace de la urgencia –que percibo cada vez con más fuerza– de hacer personal la experiencia de la comunión. No como algo que está de trasfondo, sino como una implicación del yo, del juicio, de la libertad. En este sentido, el comentario de don Giussani a las *Serenatas* de Dvořák nos brinda una luz preciosa: esas palabras expresan con una claridad sorprendente que la pregunta del hombre nunca se queda sola, sino que se acoge y se dilata dentro de una pertenencia más grande, capaz de acompañar la búsqueda del cumplimiento<sup>4</sup>.

Desde esta perspectiva, me gustaría que explicaras cómo esa pertenencia más grande entra en la vida personal, en la forma en que miramos las cosas, en las decisiones que tomamos, en las posturas que adoptamos. Porque es ahí donde la comunión deja de ser un marco externo y se convierte en una experiencia vivida, capaz de generar un camino y una responsabilidad.

### **Davide Proserpi**

Gracias. Buenos días a todos. Debo decir que me conmueve y me impresiona ver este lugar

<sup>3</sup> León XIV, «Saludo espontáneo del Santo Padre al Villaggio Ragazzi», *Encuentro con los participantes en el 47º “Meeting por la amistad entre los pueblos”*, 22 de agosto de 2026, [vatican.va](http://vatican.va).

<sup>4</sup> «Toda la exigencia humana –la de cada persona– no queda abandonada a una soledad desesperada, sino que se comprende y se dilata, compartida dentro de un ámbito más grande, que ensancha sus límites y la acompaña en la búsqueda de una respuesta, de un cumplimiento. Por ello, la expresión artística, la música y toda la cultura son un acontecimiento cuyo sujeto es la persona que pertenece a un pueblo, que expresa la conciencia de un pueblo, que realiza y encarna en sí misma el rasgo característico de ese pueblo» (L. Giussani, «L’io si ritrova in un popolo», en *Spirito gentil*, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, BUR, Milán 2026, pp. 320-321).

abarroto por un pueblo. ¡Estamos aquí juntos! Para mí, este es el primer testimonio de la verdad de las cosas que nos vamos a decir. Así que gracias.

Me gustaría empezar diciendo que las palabras que has dicho describen también mi asombro y agradecimiento por esa «sobr abundancia de vida» que hemos visto en las últimas semanas. No es mérito nuestro. Es un don de gracia, totalmente inmerecido, empezando por la visita del Santo Padre al Meeting. Sus intervenciones nos ofrecen un rumbo precioso para nuestro camino.

Hoy empezamos a adentrarnos en los pasos fundamentales de su discurso, que nos ayudan a responder a las cuestiones que me has planteado. Lamentablemente, no podemos retomar ahora toda la riqueza de ese discurso, pero os invito a leerlo y meditarlo en su totalidad. Para ello, encontraréis el texto íntegro en *Huellas* de octubre y también en un cuaderno publicado en la web de CL, para que podamos dedicarle toda nuestra atención como hijos que desean seguir los pasos indicados por el padre.

## 1. LO QUE EL MUNDO NECESITA

Antes hemos escuchado el saludo que el papa León XIV dirigió a los presentes en el Villaggio Ragazzi. El Papa empezaba citando una frase de san Juan Pablo II: «Si algo necesita el mundo de hoy, es la comunión», y luego añadió, dirigiéndose especialmente a los jóvenes: «Vosotros sabéis construir la comunión con amistad»<sup>5</sup>.

Las palabras que citaba el Santo Padre – comunión y amistad – no son para nosotros

cualquier palabra. La palabra «comunión» especifica, de hecho, nuestra vocación dentro de la Iglesia, es el primer pilar de una concepción que nos define, como dice don Giussani en *Una revolución de nosotros mismos*<sup>6</sup>. La comunión de los creyentes –hecha posible por el sacramento del bautismo, el gesto con el que Cristo nos aferra y nos hace suyos– es el lugar, el rostro, el signo de su permanencia en la historia, de su contemporaneidad. El acontecimiento de Cristo continúa en la historia como acontecimiento de nuestra comunión. Cristo no es por tanto algo lejano confinado en el pasado, no queda abandonado a nuestra interpretación. Ha resucitado, está vivo y presente, aquí y ahora, a través del misterio de su cuerpo, es decir, el misterio de la Iglesia, de nuestra comunión, con su concreción histórica, formada por rostros, temperamentos, nombres.

Pensemos en lo que esto significa en primer lugar para cada uno de nosotros. Todos estamos aquí por un encuentro, aunque sea la primera vez que participamos en un gesto así. Estamos aquí porque hemos tenido un encuentro –en el colegio, en la universidad, en el trabajo, en nuestro barrio– con gente cambiada, que se ha vuelto más humana por su pertenencia a Cristo, por la pertenencia a su compañía, como hemos descubierto después. De hecho, al principio sencillamente nos sentíamos atraídos por la forma de vivir de esa gente, por su manera de mirar a los demás y afrontar las circunstancias, tanto que nos hemos ido uniendo cada vez más y luego hemos empezado a preguntarnos y a preguntarles de dónde venía esa diferencia en la vida que veíamos en ellos, tan fascinante

<sup>5</sup> León XIV, «Saludo espontáneo del Santo Padre al Villaggio Ragazzi», *Encuentro con los participantes en el 47° “Meeting por la amistad entre los pueblos”*, op. cit., vatican.va.

<sup>6</sup> Cf. L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, Encuentro, Madrid 2024, pp. 44-45.

y deseable, donde se desvelaba algo profundamente correspondiente a nuestra sed de cumplimiento y de destino. Hemos oído su respuesta: la diferencia que te ha cautivado no es harina de nuestro costal, no es resultado de nuestras capacidades, es obra de Cristo que, a través del cambio que genera en nosotros, se hace reconocible y experimentable en el mundo.

El encuentro con Cristo sucede «ahora» al toparse con la comunión cristiana. Es un encuentro como el que Juan y Andrés tuvieron con Jesús, que dio inicio a una relación humana inimaginable, incomparable. «Os he llamado amigos»<sup>7</sup>. La comunión entre nosotros, generada por la iniciativa de Cristo, se realiza como «una implicación de vidas», y la palabra que mejor lo expresa «es “amistad”, en su sentido pleno y total»<sup>8</sup>. Cuántas veces hemos dicho que el movimiento es una amistad, ¡y para muchos de nosotros esa es una experiencia verdaderamente real! «Amistad» es un sinónimo de la palabra «comunión» o «unidad», pero –subraya Giussani– «pone encima de los términos comunión, comunidad y vida, toda la carne, la sangre, los huesos y los miembros vivos que los traducen existencial, concreta y vitalmente»<sup>9</sup>.

La amistad que reviste de carne y traduce existencialmente la comunión no depende de que el otro “me caiga bien”, sea simpático o inteligente, se adapte a mis gustos, sino que se fundamenta sobre el hecho de que Dios lo

ha elegido igual que a mí, me lo ha puesto al lado, atraído como yo y conmigo por el mismo acento cristiano, por el mismo carisma. Muchas personas que están aquí lo pueden documentar. Si dependiera de sus valoraciones y simpatías, nunca se habrían juntado y sin embargo viven una amistad que no deja nada fuera, una amistad abierta al mundo entero. Cuando eso sucede, los demás también lo ven.

Para don Giussani, el movimiento es una amistad hacia el destino<sup>10</sup>, ¡una «compañía guiada al destino»<sup>11</sup> que vive e incide en la historia como amistad!<sup>12</sup> Esta comunión real, esta amistad es lo que –como decía el Papa– el mundo necesita. Porque la comunión y la amistad fundadas en Cristo son el inicio de un mundo nuevo, de una sociedad nueva, de relaciones nuevas, más humanas, donde el amor al destino de cada persona y la paz se hacen posibles, donde la liberación –en todos los sentidos: personal, cultural, social, incluso político– ya es posible, ya se puede experimentar. Viviendo la comunión cristiana, nuestra comunión, llevándola allí donde estemos, colaborando en su construcción, es como colaboramos a cambiar el mundo; de lo contrario, con todas nuestras buenas intenciones añadiremos otro peso a los que ya hay, sin aportar ninguna novedad. La liberación nace de la comunión con Cristo y entre nosotros: comunión y liberación.

<sup>7</sup> Jn 15,15.

<sup>8</sup> L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, op. cit., p. 64.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 234.

<sup>10</sup> «La naturaleza de nuestra amistad es caminar hacia el destino, una ayuda a caminar hacia el destino» (L. Giussani, *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, p. 341).

<sup>11</sup> L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 48 y 76.

<sup>12</sup> «Lo que incide en la historia es la comunidad como amistad. [...] La auténtica unidad de un pueblo es la comunidad como amistad. Es la idea cristiana fundamental de la *koinonía*, que indica a una comunidad de hombres que reconocen que comparten el significado de todo lo que hacen, que comparten el significado de todo lo que hacen, ¡comparten a Cristo!» (L. Giussani, *Qui e ora. 1984-1985*, BUR, Milán 2009, p. 325).

## 2. UNA AUTOCONCIENCIA NUEVA

En los últimos ejercicios espirituales, Emanuele Silanos retomaba la pregunta de Jesús a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»<sup>13</sup>. Esta pregunta plantea la necesidad de pasar de una adhesión al movimiento concebido como una estructura externa al yo a una autoconciencia nueva, que coincide con la fe.

Lo que nos decimos, la vida en la que participamos, lo que nos reclamamos, puede darse en efecto en un discurso o en una realidad externa a nuestro yo, que no cambia la conciencia que tenemos de nosotros mismos. En 1970, don Giussani señalaba con agudeza una urgencia que también vale para nosotros ahora. «Ha llegado el momento de la *personalización*. No podemos seguir adelante sin que las cosas que nos hemos dicho [...] adquieran la fisonomía de nuestra personalidad». Y añadía, con una palabra que siempre retomó desde entonces: «Todo esto debe convertirse –no puedo dejar de usar esta palabra– en *autoconciencia*». Giussani describía su fisonomía concreta: la autoconciencia nueva es «caer en la cuenta de que hay otra realidad en mí, que eso soy yo y, por tanto, caer en la cuenta de unos instrumentos de juicio y de acción diferentes»<sup>14</sup>.

Se trata de una autoconciencia distinta de la natural, de la habitual, de la de todos, porque tiene un contenido nuevo, que es un hecho concreto, que ha sucedido en nuestra vida, que ha llamado a nuestra puerta: el hecho de Cristo. El contenido de esta conciencia nueva de mí mismo es Cristo y la comunión en la que Cristo se hace presente, que genera mi verdadero ros-

tro, mi personalidad cumplida. Dicho en otros términos, es la conciencia de la «nueva criatura»<sup>15</sup>. El incremento de esta autoconciencia tiene una importancia capital para nosotros, de ella depende la estabilidad y la madurez de nuestra experiencia. «Todo el problema es esta autoconciencia nueva, de hombre nuevo, de criatura nueva, de estructura nueva. Se pueden mover montañas, pero si no tenemos esto no sirve de nada»<sup>16</sup>.

Si crece en nosotros, cambia nuestra forma de afrontarlo todo: esa es la verdadera revolución. Intento explicarlo con un ejemplo. Cuando te enfrentas a una decisión, a una dificultad, a un dolor, ¿quién es el sujeto de ese juicio, de esa toma de posición, de esa manera de reaccionar? Como es de esperar, todos responderíamos: mi “yo”. Pero ¿qué eres tú? En la respuesta a esta pregunta está en juego toda la novedad, como decía san Pablo. «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí»<sup>17</sup>. Y yo, que estoy bautizado, ya no estoy separado de ti: «somos una cosa sola»<sup>18</sup>. Ese “yo” que juzga, decide y reacciona no es un individuo autónomo, aislado, que puede en un momento dado coordinarse con los demás como en una junta de vecinos; no, es un “yo” nuevo, que ha renacido y renace en la pertenencia a Cristo, presente en la compañía cristiana en la que nos ha implicado.

He ahí la alternativa radical que decide la plenitud de nuestra experiencia humana: entre un yo que se concibe como independiente, autónomo, como medida última de sí mismo y de las cosas (lo cual es claramente una ilusión, pero una ilusión o una presunción en la que también nosotros podemos vivir), y un yo

<sup>13</sup> Cf. E. Silanos, «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», Ejercicios espirituales de la Fraternidad de CL 2026 (cf. Mt 16,15).

<sup>14</sup> L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, op. cit., pp. 203 y 205.

<sup>15</sup> 2Cor 5,17 y Gal 6,15.

<sup>16</sup> L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, op. cit., p. 213.

<sup>17</sup> Cf. Gal 2,20.

<sup>18</sup> L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, op. cit., pp. 211 y 292.

que reconoce la dependencia original que le hace ser en este instante, la pertenencia a Dios (como veremos en el capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana*), que en Jesús se vuelve «compañía histórica»<sup>19</sup>. El yo se descubre así perteneciente a Cristo y a su cuerpo misterioso y real que es la Iglesia. Como dice san Pablo, «así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada cual existe en relación con los otros miembros»<sup>20</sup>. El otro me pertenece y yo le pertenezco a él, porque ambos pertenecemos a Cristo. Ya no soy un átomo que choca con otros átomos: soy miembro de un cuerpo vivo.

Es un desafío fascinante a nuestra libertad personal, pues esta autoconciencia nueva no se establece de forma mecánica, no es algo obvio. Es una conversión que hay que mendigar siempre, que pone en juego mi libertad, que implica una decisión personal, que requiere inteligencia y voluntad, que hay que renovar en cada instante<sup>21</sup>. Se trata de reconocer el hecho de Cristo y de la comunión como contenido de la conciencia de uno mismo, como factor determinante del modo de concebirse y de actuar. Este reconocimiento exalta nuestra libertad, nuestra capacidad de cumplimiento, que es responsabilidad frente a nuestro destino<sup>22</sup>, genera «una *metánoia*», es decir, un «cambio de mentalidad, de nuestra manera de medir y percibir las cosas»<sup>23</sup>. Hay un “nosotros” en la raíz de mi yo.

Y no importa si uno está físicamente solo o con otros allí donde se encuentre. Como dice

Giussani, «el sujeto adecuado de nuestra presencia en la universidad o en el mundo del trabajo es nuestra unidad, no tú. Si estás solo, cuando estás solo, llevas en ti la responsabilidad de todos nosotros, somos todos nosotros los que respondemos de ti y somos todos nosotros los que te alimentamos a ti»<sup>24</sup>. Durante el *Equipe* de GS he sido testigo de la intervención de una chica de Abu Dabi que participa en nuestra experiencia mediante unos encuentros online (no podría ser de otra forma) con otra chica que vive en Holanda y otras dos en Noruega, y con una profesora de Varese. Esa chica es la única de GS en los Emiratos Árabes, ¡pero no está sola!

### 3. LA MISIÓN

Una persona que vive con esta autoconciencia da una forma nueva a todo lo que hace, inevitablemente se transforma su manera de vivir las circunstancias y las relaciones, al menos como tensión. El fenómeno de esa transformación se llama *misión*.

No hay solución de continuidad entre autoconciencia nueva y misión, porque la misión no es un “quehacer” –lo hemos dicho muchas veces– sino la expresión de un ser nuevo, allí donde estemos, a nivel personal y social, la manifestación de una identidad definida por la pertenencia a Cristo, a ese “nosotros” donde Cristo sigue haciéndose presente en la historia y actuando. No se trata ante todo de un pro-

<sup>19</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2025, p. 154.

<sup>20</sup> Rom 12,5.

<sup>21</sup> «La existencia representa, ante todo, una decisión acerca de lo que debemos reconocer como fundamento nuestro: y esa decisión es un asunto que se nos replantea continuamente» (L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 113).

<sup>22</sup> En el capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Giussani desarrolla el nexo entre libertad y dependencia: «La libertad es responsabilidad, es decir, *respuesta* a Otro. Y esto salva la libertad, libera a la libertad» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 150).

<sup>23</sup> L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., p. 328.

<sup>24</sup> L. Giussani, *Il centro della vita. Il fatto di Cristo e della sua permanenza (1971-1972)*, op. cit., p. 175.

blema de iniciativas, de obras, de actividades –aunque tarde o temprano la creatividad que nace de esta adhesión no podrá dejar de generarlas, tan útiles y bellas como nuestra historia testimonia abundantemente–. Es la vida misma la que es misión. La vida entendida como misión tiende por entero a «llevar el hecho de Cristo y, por ello, la comunión cristiana, dondequiera que vaya»<sup>25</sup>. Porque esa es nuestra tarea: anunciar el misterio de Cristo, llevar al mundo, dentro de cualquier condición humana, identificándonos con ella, el misterio de la comunión cristiana. La misión coincide con la dinámica de la vida. «Si no es tan global, no es verdadero el concepto de misión, no es fruto de una verdadera autoconciencia, no es vida cristiana. Si, en cambio, es global, llega ciertamente a la esposa y a los hijos, pero también al trabajo y la fábrica, al compromiso social y a la política»<sup>26</sup>.

La contribución que podemos ofrecer al mundo pasa, por tanto, por nuestra conversión, como nos ha dicho el Papa en Rímmini: «Se necesitan pioneros valientes que, empezando por su propio cambio de rumbo, hagan convincente y creíble la conversión que se exige a todos»<sup>27</sup>.

No estoy hablando de un ideal imposible sino de una realidad entre nosotros. Hemos visto testimonios imponentes durante la Asamblea Internacional de Responsables. Uno de ellos lo habéis podido leer en los periódicos o en redes sociales. Hemos escuchado de nuestra amiga Deborah la historia de su encuentro con Domenico, un hombre enfermo de esclerosis múltiple que pidió y consiguió el suicidio asistido aquí, en Lombardía, y de la compañía que ella le quiso hacer, primero escribiéndole y luego yendo a verlo todas las semanas al principio con su marido y luego con sus amigos. Ella

misma contó lo que le permitió moverse así: «He podido tener esta mirada porque estoy definida por mi pertenencia al movimiento». Por nuestra manera habitual de razonar, el epílogo parece un fracaso, pero esta historia nos muestra el valor de una presencia determinada por la comunión vivida. Su verdad y utilidad no se miden por el resultado que podamos obtener, sino por el hecho de hacer presente en la historia la mirada de Cristo hacia nuestra vida como reflejo del amor del Padre a él.

Es lo mismo que nos testimoniaba Lorenzo, sacerdote misionero en Santiago de Chile, hablándonos de chicos difíciles con los que se encuentra en su parroquia y de algunos “fracasos” que ha tenido (jóvenes a los que ha acompañado pero que han decidido volver a la delincuencia o a la droga). Se hacía evidente la misma gratuidad, un amor que no es nuestro, que nos supera. Nos decía: «¡Dios ama así! Entrega su vida entera en la cruz por mí, sin saber si yo aceptaré ese amor, dejarme cambiar por ese amor. Estos chicos tan difíciles de amar son el corazón de Dios que pide ser amado, y por eso amarlos nunca es un fracaso. No puedo medir lo que sucede con ellos según el criterio del mundo. La única medida del amor es la cruz».

*Nota bene.* La vida como misión no es un descubrimiento de última hora, sino la característica de nuestro movimiento desde el principio. El nuevo libro, titulado *Il centro della vita*, recoge diez lecciones donde Giussani repasa nuestra historia desde su origen hasta la reanudación después del 68 y señala los términos fundamentales de la propuesta del movimiento (aconsejo su lectura a todos). Dedicamos a la misión dos lecciones ente-

<sup>25</sup> L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, op. cit., p. 246.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 225.

<sup>27</sup> León XIV, *Discurso a los participantes en el 47º “Meeting por la amistad entre los pueblos”*, 22 de agosto de 2026, [vatican.va](http://vatican.va).

ras. Dice Giussani: «La preocupación más honda» –no “una”, ¡la «más honda»!– «en los orígenes del movimiento era entonces, como lo sigue siendo hoy, que la llamada cristiana alcanzase a todos, una preocupación por tanto evidente e intensamente misionera». Y añade que sería síntoma «de alguna carencia en nuestra forma de concebir [...] la relación personal con Cristo» si no surgiera en nosotros, como corolario inmediato, una «pasión misionera»<sup>28</sup>. Es un reclamo que no ha perdido actualidad. Vale tal cual para nosotros aquí y ahora.

### **Cassese**

Gracias. Como decía antes Davide, en su discurso al Meeting el papa León XIV ha tocado muchos puntos sobre los que nos gustaría volver más adelante, pero hay dos que quisiera retomar hoy porque me parece que afectan directamente a nuestro movimiento. El primero es que ha apelado a nuestra «responsabilidad histórica», despertando todo nuestro entusiasmo. El Papa nos ha invitado a no conformarnos con custodiar lo que hemos recibido sino a ponerlo en juego, a arriesgar en la realidad. Es un reclamo fuerte porque nos pide que no vivamos la comunión como un refugio sino tomando posición dentro de la historia, ante los desafíos de nuestro tiempo.

El segundo punto es el de una unidad armónica, que nace de amar y seguir a la Iglesia. El Papa ha insistido en que la unidad es una armonía que valora las diferencias y las pone en relación. Ha dicho que la misión no es una actividad añadida a la vida, sino la manera de vivir la fe: un amor a la Iglesia y al mundo tal como son, sin miedo a sus contradicciones.

Responsabilidad histórica y unidad armónica: son dos puntos que afectan directamente

a nuestra manera de estar en el movimiento y en el mundo. Ayúdanos a entrar en materia, a reconocer las implicaciones que conllevan para nosotros hoy.

### **Prosperi**

Son cuestiones de gran importancia para nosotros, especialmente en esta etapa de nuestra historia. Empiezo por tanto dando mi aportación a un camino en el que todos estamos llamados a colaborar.

## **4. NUESTRA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA**

En un texto muy bonito del *Equipe* del CLU de 1977, que resume los últimos pasos que hemos dado, Giussani habla de la misión como de una tarea histórica. «¿Para qué se nos da la fe? La fe se nos da para la *misión*. Para esto hemos sido llamados. Tenemos una tarea histórica, con el bautismo hemos recibido una tarea histórica: la misión, es decir, *hacer presente el hecho cristiano*. Pero ¿qué es el hecho cristiano? Hace dos mil años era un hombre, Jesucristo; ahora es la comunión en su nombre que vive dentro del mundo: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Presencia es el acontecimiento de la comunión entre nosotros. La comunidad no es una simple organización, sino un acontecimiento que establece relaciones distintas entre nosotros. Esta presencia tiene como destino el mundo entero [...] pero comienza en el lugar donde vivimos, en nuestra condición humana concreta»<sup>29</sup>.

Destaco dos cosas que me parecen decisivas en este punto. Primera: la presencia no es la comunidad como organización sino un «acontecimiento que establece relaciones distintas entre nosotros», relaciones nuevas. Segunda: el

<sup>28</sup> L. Giussani, *Il centro della vita. Il fatto di Cristo e della sua permanenza (1971-1972)*, op. cit., p. 38.

<sup>29</sup> L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 118.

destino de esa presencia es el mundo entero –el Meeting es un ejemplo clamoroso y conmovedor, así como nuestros amigos que se van de misión a los lugares más remotos– pero comienza en el lugar donde uno está, con los problemas y condicionantes que tiene, y entre esos dos polos no hay salto alguno, no hay discontinuidad. La Iglesia nos ha indicado un ejemplo muy claro de esto mediante la figura de santa Teresa de Lisieux. En 1927, el papa Pío XI la proclamó a ella, que jamás había salido del convento, patrona de las misiones junto a san Francisco Javier, que en cambio se pasó la vida entre la India y el Japón. Sin embargo, ambos son copatronos de las misiones. Porque la cuestión no es nuestro “hacer”, lo decisivo es, «en nuestra condición humana concreta», responder a nuestra vocación. Escribía santa Teresita en su diario: «Querría ser misionera, no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y serlo hasta la consumación de los siglos»<sup>30</sup>. El cambio de lo humano –la conversión– es un milagro, y los milagros no los hacemos nosotros. Los hace Dios. También invocamos a los santos para que intercedan ante Dios. A nosotros nos toca ofrecer nuestra vida para que se cumpla su designio en el mundo.

El papa León XIV nos hablaba de esto en el Meeting usando la expresión «responsabilidad histórica». Nos lo ha dicho claramente: «Damos gracias al Señor por esta herencia viva, que os confiere una gran responsabilidad histórica, en la comunión más amplia de la Iglesia, al servicio de una humanidad que tiene hambre y sed de justicia». Y añade: «Queridos amigos, ha llegado la hora de asumir la responsabilidad, sobre todo para quienes han recibido tanto de una tra-

dición milenaria de fe que se convierte en cultura». Vuelve sobre ello más adelante citando *Educación es un riesgo*: «Queridos amigos, la belleza desarmada de este Misterio nos invita a asumir “el riesgo de educar” del que les habló don Giussani. Él intuyó que “el método educativo más eficaz para el bien no es aquel que se basa en la huida de la realidad para afirmar el bien de forma aislada, sino aquel que se basa en la promoción del bien en el mundo”. E insistía: “En el mundo significa en relación con la realidad en su conjunto, una relación arriesgada, si se quiere llamarla así; pero sería mejor decir que es exigente”. Hermanos y hermanas, ¡asumamos ahora esta responsabilidad, que es un compromiso con Cristo y con nuestro mundo!»<sup>31</sup>.

Alguno pensará que es una tarea desproporcionada, y con razón. Pero el mandato que recibimos no tiene nada que ver con nuestras fuerzas o cualidades. Cristo –a través de la Iglesia– nos implica en su misión, débiles como somos, para que quede más claro que es él quien actúa. Por otra parte, hace cuarenta años la desproporción entre nuestras fuerzas y esta tarea era exactamente igual que hoy. Ninguno de nosotros podía imaginar entonces lo que iba a suceder en las comunidades del movimiento en Uganda, Estados Unidos, Taiwán o Kazajistán. Sin embargo, en 1984, san Juan Pablo II nos dirigió estas palabras: «Id al mundo entero para llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo redentor»<sup>32</sup>. Nuestra historia de estos cuarenta años es la respuesta a esa invitación, que León XIV renovó ya durante el Jubileo de los movimientos<sup>33</sup> y ha vuelto a renovar en Rímmini, dirigiéndose a nosotros, invitando a nuestro movimiento a

<sup>30</sup> Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, San Pablo, Madrid 2007, p. 311.

<sup>31</sup> León XIV, *Discurso a los participantes en el 47º “Meeting por la amistad entre los pueblos”*, op. cit., vatican.va; las citas de Giussani están tomadas de: L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 106.

<sup>32</sup> Juan Pablo II, *Discurso al movimiento de “Comunión y Liberación” en el XXX aniversario de su fundación*, 29 de septiembre de 1984, vatican.va.

<sup>33</sup> Cf. León XIV, *Discurso a los moderadores de las Asociaciones de Fieles, los Movimientos Eclesiales y las Nuevas Comunidades*, 6 de junio de 2025, vatican.va.

ser «un trampolín desde el que se lancen de lleno a toda la realidad», animándonos a salir «¡al encuentro de todos!»<sup>34</sup>.

Amigos, el camino de este año nos ha puesto delante con evidencia muchas experiencias de santidad en nuestra compañía, más de lo que nos imaginamos. A menudo nos vemos tentados de ahogarnos en nuestras circunstancias. Es tarea de nuestra amistad ayudarnos a levantar la mirada de los atolladeros en los que nos metemos, del peso de nuestros afanes y proyectos, hacia la belleza de los signos de la iniciativa de Cristo entre nosotros para recordarnos que la finalidad última para la que se nos ha dado cada circunstancia es comunicar su presencia, construir la Iglesia, para que el mundo lo conozca. Para eso estamos juntos.

## 5. «CAMINAR JUNTOS»

En estos meses, como hemos dicho, queremos meditar en profundidad el discurso de León XIV en Rímíni, donde aborda muchos de los temas que le –y nos– preocupan y que también ha planteado en otras ocasiones (como los dos encuentros del 6 de junio de 2025 y del 21 de mayo de 2026 con los moderadores de las asociaciones de fieles, movimientos eclesiales y nuevas comunidades). Ahora, para responder a la pregunta, quisiera citar algunos puntos del final del discurso pronunciado en el Meeting. Después de repetirnos dos veces –con ese ardor que todos recordaráis, animado también por el entusiasmo de nuestra reacción– la invitación a amar siempre a la Iglesia («Queridos amigos –nos dijo–, ¡amen siempre a la Iglesia! Amen y preserven la unidad. Vale la pena mencionarlo de nuevo: “¡amen

siempre a la Iglesia!»). Queridos amigos, amen y preserven la unidad de la “comunidad” a través de la cual Cristo los ha alcanzado y los atrae hacia sí»), el Papa destacó «la dimensión sinodal y misionera de nuestro ser Iglesia», una dimensión que nos llama ante todo, como decía en un discurso del 24 de octubre de 2025 citado en el texto, a «aprender a escucharnos mutuamente». Empezando por los que tienen la responsabilidad de guiar. Por tanto, hay que ponerse a la escucha, una verdadera escucha de unos a otros. «Cada uno escucha, se deja transformar por la fe de los demás y, juntos, bajo la guía de los pastores, maduran nuevas conciencias, nuevos pasos, valientes actos de obediencia al Espíritu Santo»<sup>35</sup>.

Es la experiencia del «caminar juntos», es decir, de la «sinodalidad» (*syn*: juntos; *hodós*: camino, sendero) que los dos últimos pontífices han retomado del Concilio Vaticano II. «Sinodalidad –decía León XIV– no es el nombre de un proceso, sino la naturaleza de un pueblo que, en la amistad y en el encuentro con el otro, se percata de que pertenece únicamente a Dios». Y eso también tiene que ver con la responsabilidad de quien guía. El Papa lo dice justo después: «Entonces, la autoridad se convierte en servicio, que honra las diversidades y facilita su armonía»<sup>36</sup>.

¡Es preciosa la diversidad que cada uno de nosotros aporta a la expresión del carisma por el mero hecho de tener un temperamento, una vocación y una libertad irreductibles! Cada uno de nosotros vive, de hecho, la responsabilidad del carisma, en el que se le ha concedido participar a través de la unidad y concreción de su persona. Y cuanto más desea uno contribuir al crecimiento de la fecundidad del carisma que le ha tocado, más ama el

<sup>34</sup> León XIV, *Discurso a los participantes en el 47º “Meeting por la amistad entre los pueblos”*, op. cit., vatican.va.

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Ibid.*

camino común, más busca confrontarse con quien está llamado a guiar la experiencia del movimiento (igual que valía en el pasado, vale para el presente y valdrá en el futuro). Por otra parte, el servicio de quien guía, siempre dentro de una compartición y corresponsabilidad, consiste en respetar las diferencias y facilitar la armonía, como hemos escuchado, por el bien de toda la comunión<sup>37</sup>.

Sobre este tema he visto en algunas conversaciones de las últimas semanas un equívoco que puede dificultar nuestros pasos y quiero aclararlo por amor al camino común. Por eso es importante afrontarlo en un momento en el que estamos aquí todos juntos. Me refiero a cuando nuestra diversidad, en lugar de contribuir a la comunión, se transforma en un proyecto personal que tiende a prevalecer sobre lo demás. No sucede necesariamente de manera consciente o por contraposición, pero el resultado es que empezamos a seguir más la propia idea que el camino común, eludiendo la confrontación, no dejándonos acompañar. En estos casos la diversidad deja de generar armonía y empieza a producir una disonancia que con el tiempo, a su pesar, acaba generando división. Es doloroso que eso suceda porque, lo queramos o no, es una herida a la comunión. Atención, es una tentación que todos podemos tener, así que no nos cansemos de estar vigilantes y de ayudarnos a caminar juntos, corriгиéndonos mutuamente.

Comunión, misión y escucha mutua acreditan una novedad de vida, recibida y deseada, que es fruto de la presencia de Cristo como raíz, pero también de nuestra libertad como reconocimiento y consenso. «Este estilo –concluye el Papa– constituye, en esta época convulsa, un auténtico signo de los tiempos. De-

mos testimonio de que cada carisma es para el bien común, de que toda riqueza se multiplica si se comparte, de que todo miedo puede superarse: debemos hacerlo tangible, creíble y deseable». No es una empresa imposible, como nos ha dicho, y animándonos a llevarla a cabo nos ha indicado también el camino: «Sabrán hacerlo, queridos amigos, siguiendo los pasos de su fundador, cultivando la unidad entre ustedes, con quienes están llamados a guiar el movimiento, con la Sede Apostólica que los ha reconocido y con el Sucesor de Pedro»<sup>38</sup>.

Es por tanto un camino exigente y al mismo tiempo fascinante el que se abre ante nosotros este año. La autoconciencia nueva, que florece en la misión y en la escucha mutua, no es algo que se consiga de una vez para siempre. Implica una disponibilidad de ánimo, una pobreza de corazón, una profunda humildad y una educación permanente. Es un camino que no acaba nunca porque fácilmente se puede volver a caer en la mentalidad común, exactamente igual que todos los demás. Por eso nuestra autoconciencia debe ser continuamente despertada, provocada y corregida –siguiendo el camino que ella propone– para que esto suceda. «Se trata realmente de un círculo vicioso providencial: a través de la comunidad [...] hemos nacido, y es en la comunidad donde nos vamos edificando [...]. No edificación de cosas sino de ti mismo, de tu autoconciencia»<sup>39</sup>.

Esa autoconciencia nueva no crece en la medida de nuestro entendimiento (gracias a Dios, pues de lo contrario estaría reservada para los más inteligentes) sino por lo que sucede entre nosotros, por el camino que se nos ofrece, siempre en virtud de nuestra pobreza de espíritu. Permitidme leer la carta de una chica de GS de

<sup>37</sup> Cf. León XIV, *Discurso a los participantes en el encuentro con los moderadores de las Asociaciones de Fieles, los Movimientos Eclesiales y las Nuevas Comunidades*, 21 de mayo de 2026, [vatican.va](http://vatican.va).

<sup>38</sup> León XIV, *Discurso a los participantes en el 47º "Meeting por la amistad entre los pueblos"*, op. cit., [vatican.va](http://vatican.va).

<sup>39</sup> L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, op. cit., pp. 219-220.

Carate Brianza: «Este verano ha sido precioso. He participado en [varias vacaciones del movimiento] pero he visto una unidad impresionante. De hecho, no podría dividir mi verano en bloques porque han sido momentos de un único camino. Igual que en una excursión por la montaña hay una parte de bosque, otra de sendero y otra de subida, pero todas van hacia el mismo punto, las tres llevan hacia la cumbre. Este verano he dado un gran paso de conciencia, que sigo ahondando cada día: reconozco que estoy yendo por un camino. No un camino que haya empezado yo sino un camino que alguien emprendió antes que yo, como para subir una montaña. Estoy en el camino y la mayor alegría posible es saber que mi vida avanza en dirección hacia mi felicidad a pesar de todos los errores que pueda cometer... ¡y quién sabe cuándo llegaré a la meta! Entonces sí que no habrá comparación. Pero ya puedo saborearlo. Por fin estoy empezando a intuir lo que significa que “quien ama la meta desea el camino”, y en este camino descubro que cada segundo que pasa deseo más la meta».

¡Qué intuición para una chavala de 16 años! Este camino juntos es muy sencillo y concreto. Se trata de dejar entrar nuestra amistad (y la mirada que porta) dentro de nuestras jornadas. Es un camino que se despliega y profundiza a través de gestos concretos y de nuestro «sí» (por pequeño que sea, pero en cualquier caso dice «sí») a ellos: la escuela de comunidad, la caritativa, el fondo común, estudiar juntos, preparar juntos una exposición, una cena, un partido de fútbol, una excursión por la montaña. En definitiva, «compartir y convivir»<sup>40</sup>, como dice el texto de Escuela de comunidad que estamos trabajando.

Nos lo recuerda de una forma conmovedora y madura Laura, una amiga nuestra de 28

años, de Cuba. Todos estamos al tanto de la crítica situación que vive la población de este país. Escuchemos el testimonio que dio a finales de agosto en la Asamblea Internacional de Responsables.

### ***Lee el testimonio***

Los tres gestos que indicaba Laura –escuela de comunidad, caritativa, fondo común– son los mismos que se nos proponen también a nosotros aquí. Tomados en serio, favorecen la madurez de «una presencia nueva en el mundo»<sup>41</sup>, como dice el título de esta Jornada de apertura de curso, con todas sus dimensiones: cultura, caridad, misión. Es algo que nuestros amigos de Cuba no habían proyectado. Sencillamente ha nacido –tal como hemos escuchado– siguiendo el camino que el movimiento les ofrece igual que a todos nosotros, en la adhesión a los gestos propuestos y en la petición cotidiana a Cristo. Ya hemos visto el fruto: una forma nueva de habitar en el mundo, que también reconocen los demás.

Estos tres gestos son la forma en la que uno tiende su mano, pide al Señor que cambie su vida, aprende una medida más grande que la suya, sigue el rastro de Otro. Pero ¿nos damos cuenta? Hay días en los que faltan los productos básicos en Cuba (pongámonos en su lugar: no tener electricidad quiere decir –por ejemplo– que no funciona el frigorífico, así que la poca comida que haya hay que consumirla enseguida) pero ellos deciden incrementar su fidelidad y aportación al fondo común. ¡Qué conciencia deben tener de su pertenencia a sus amigos y a esta historia! Cuando uno tiene sed de recibir, se vuelve más creativo, se

<sup>40</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 76.

<sup>41</sup> L. Giussani, *Il centro della vita. Il fatto di Cristo e della sua permanenza (1971-1972)*, op. cit., p. 258.

despierta su pasión por el destino de sus hermanos en la fe y se le abren más los ojos ante todos los que se encuentra (como los ancianos a los que Laura y sus amigos daban de beber). Como nos decía el papa León, «la realidad es asfixiada en nuestros cálculos y respira en la gratuidad de Dios»<sup>42</sup>.

## 6. UN TRAMO DE MURALLA PARA CADA UNO

Me dispongo a concluir recordando la imagen de Nehemías ante las ruinas de Jerusalén, citada en la encíclica *Magnifica humanitas*<sup>43</sup>. Nehemías no parte de su proyecto, de sus cálculos. Lloro por su ciudad herida, escucha uno a uno los miedos de la gente, convoca a las familias y confía a cada una de ellas un tramo de muralla que construir. De este modo, la ciudad no renace por la iniciativa de un solo hombre, de su grandeza o genialidad, sino porque un pueblo entero se hace cargo de ella<sup>44</sup>.

Es una imagen sugerente, que describe bien nuestra manera de afrontar la situación que vivimos. Ninguno de nosotros posee la muralla entera. Cada uno tiene a su alcance un tramo (su comunidad, su ambiente, su ciudad, su familia, su trabajo) y ningún tramo es irrelevante, ninguna presencia es irrelevante. Como decía un amigo en la Asamblea Internacional de Responsables: «No da igual, si faltas tú, nos empobrecemos todos».

Somos corresponsables, delante de Dios, del bien que acontece ante nuestros ojos. No se nos pide estar a la altura ni ser capaces. Solo se nos pide estar disponibles y pedir a Cristo. Como vemos en el cuadro que tengo detrás:

*San José carpintero*, de Georges de La Tour. Se ve a san José trabajando la madera; a su lado, el niño Jesús sostiene una vela que emite una luz tenue que ilumina su rostro, haciendo de él –atención– el punto más luminoso del cuadro, como recordando las palabras de Cristo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas»<sup>45</sup>. Esta luz es la que te permite construir, trabajar, aunque todo alrededor sean tinieblas. Esta presencia es la que ha entrado en nuestra vida y permanece, sin dejar de impregnarnos con su luz. Lo que se nos pide ante todo, amigos, lo único realmente indispensable es permanecer dentro de ese haz de luz.

Ahora volvamos a casa con esta conciencia: «que el que ha inaugurado entre vosotros esta buena obra la llevará adelante»<sup>46</sup>. Tenemos la certeza de que la Iglesia nos acompaña. Confíemos en la Virgen, a la que don Giussani llamaba «seguridad de nuestra esperanza»<sup>47</sup>, y confiémosle a ella el camino de este curso y la unidad de nuestro movimiento. ¡Buen camino a todos!

<sup>42</sup> León XIV, *Discurso a los participantes en el 47º "Meeting por la amistad entre los pueblos"*, op. cit., vatican.va.

<sup>43</sup> León XIV, Carta encíclica *Magnifica humanitas*, 7-8 y passim.

<sup>44</sup> Cf. Neh 1-6.

<sup>45</sup> Jn 8,12.

<sup>46</sup> Fil 1,6.

<sup>47</sup> L. Giussani, *Huellas*, n. 10/2004, p. 1.

Traducción: Belén de la Vega y Yolanda Menéndez  
© 2026 Fraternità di Comunione e Liberazione

Portada: Georges de La Tour, *San José carpintero*,  
Siglo XVII, Museo del Louvre, París, Francia  
© RMN-Grand Palais / Michel Urtado / Dist. Foto SCALA, Florencia